



UN ARQUITECTO CATALAN RENAGENTISTA: PERE BLAY

Por Adolfo Florensa, Arquitecto

En contraste con lo que ocurre en el período gótico, Cataluña pasa, en la época del Renacimiento, por un momento de pobreza y encogimiento, que se hace visible en todas las manifestaciones del espíritu; pero, como es natural, en arquitectura más que en ninguna otra, por ser arte eminentemente social y termómetro acusador por excelencia de los estados colectivos.

Esta depresión tiene, como causas principales, un hecho político y otro económico. El primero es la extinción, con la muerte de Martín el Humano, en 1410, de la casa de Barcelona y la accesión de la dinastía castellana de Trastámara al trono aragonés. Esto produce un desplazamiento del centro de gravedad de la confederación, primero, a Zaragoza, y luego, más marcadamente, a Valencia; Barcelona deja de ser corte habitual, y pierde con ello su posición rectora. El hecho económico más importante todavía es el descubrimiento de América, en 1492, con lo que, al cabo de pocos años, el movimiento económico y comercial, cuyo centro había sido, desde la antigüedad, el Mediterráneo, se orienta cada vez más hacia los amplios horizontes atlánticos, quedando Barcelona en una posición rezagada y excéntrica, a lo cual contribuye el monopolio del comercio con las Indias, que se decreta, primero, a favor de Cádiz, y luego, de Sevilla, y las piraterías turca y berberisca, que anula prácticamente la navegación mediterránea.

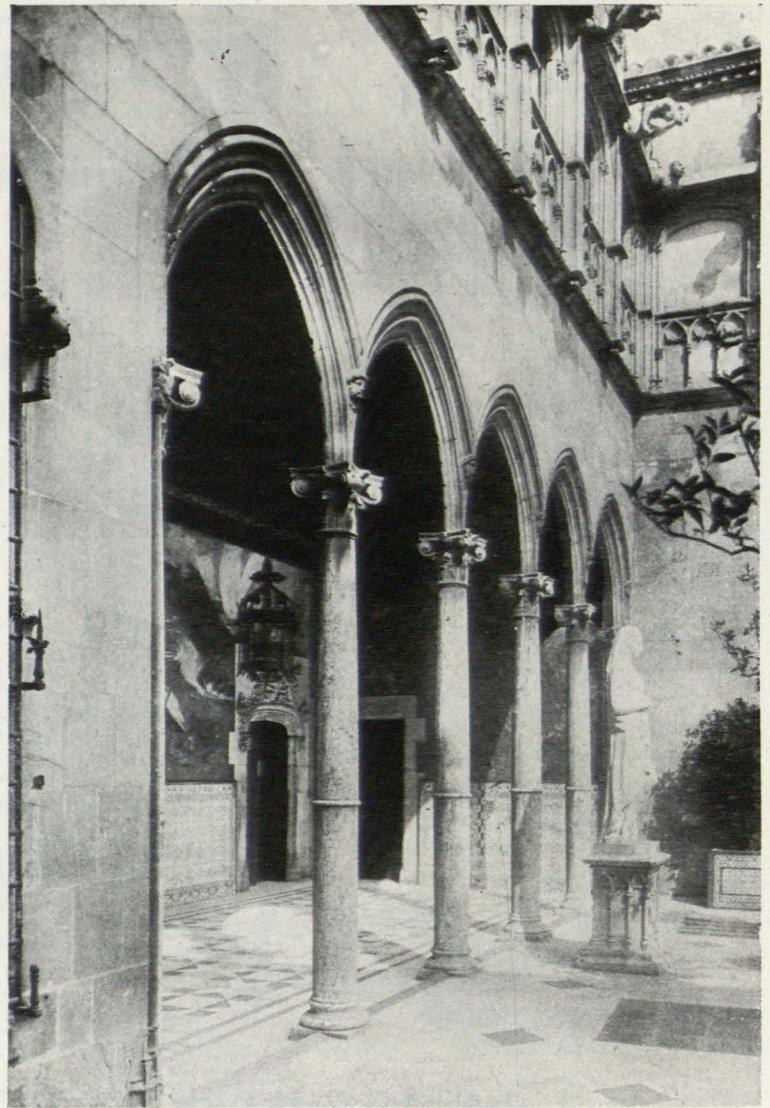
Por todas estas causas, unidas al fuerte apego a la tradición que Cataluña muestra siempre en arte, las formas renacentistas, que penetran

con fuerza y vigor en Castilla desde el primer cuarto del siglo xvi, favorecidas por la inyección de riqueza que viene de América y por el momento de profunda euforia que produce la terminación de la reconquista y el gobierno fuerte y ordenado de los Reyes Católicos, sólo poco a poco van difundándose en Cataluña, y no de un modo franco, sino hibridándose, en general, con las del estilo anterior. Así, las ventanas que se ven en Barcelona en edificios de los dos primeros tercios del siglo, son ventanas de arquitectura gótica, con el molduraje y las sabias penetraciones de bases propias del siglo xv avanzado, pero en las que el nuevo espíritu se transparenta en su vano rectangular, amplio y sin subdivisiones, y en el detalle de la decoración, que presenta formas renacentistas, incluso bustos dentro de láureas, del más puro gusto italiano.

Hay un detalle típico y revelador del retraso del Renacimiento en Cataluña respecto al centro de España. En 1540, la Diputación encarga a Gil de Medina, castellano, unas columnas, con sus capiteles, para las logias que se disponían a ambos lados del bello patio de los naranjos. Gil de Medina esculpe unas columnas, que no harían mal papel en un patio coetáneo de Salamanca, e incluso en uno toscano cuatrocentista. Colocadas las columnas viene el maestro catalán, y sigue impertérrito con sus arcos góticos, perfectamente ortodoxos dentro del estilo, tanto que podrían ser del mismo Marc Safont, que ya en aquel palacio había dejado tan altas pruebas de su habilidad y buen gusto; pero se sabe que el maestro fué Tomás Barsa.



Reproducción exacta de una ventana del siglo XVI. Junto al molduraje gótico la amplitud del hueco y los bustos dentro de «laureas» delatan el Renacimiento.



Pórtico del Patio de los Naranjos de la Diputación de Barcelona. Columnas renacentistas puras de Gil de Medina, continuadas por los arcos góticos de Tomás Barsa.

Así, pues, la forma típicamente española del primer Renacimiento, el plateresco, está pobremente representada en Cataluña. Un gran palacio hubo en Barcelona, la casa Gralla, empezada a edificar bien prematuramente, en 1517, que podía, con derecho, clasificarse dentro del estilo; desgraciadamente fué destruído en 1853 para abrir la calle del Duque de la Victoria. Sólo se salvó el patio, aun semigótico, reconstruído en una finca de los alrededores de Barcelona, y algunos detalles sueltos.

Otro edificio que se levanta hacia la mitad del siglo XVI, y que es típico de la hibridación góticorenacentista, que corresponde en Cataluña al espléndido florecimiento plateresco castellano, es el llamado Palacio del Lugarteniente, o del Virrey, con fachadas a la Plaza del Rey y a la calle de los Condes de Barcelona. Este edificio presenta las ventanas mixtas de que hemos hablado, con baranda de balaustres en algunas y un patio de gusto italiano, algo seco.

Cuando, gradualmente, van desapareciendo los resabios góticos, es decir, hacia el último cuarto del siglo, la arquitectura se orienta en Cataluña en un sentido de contención y clasicismo, pero sin llegar a la sequedad de la reacción escurialesca castellana. Como los excesos de riqueza y ornamentación habían sido menos, también el retroceso era menos violento; además, cooperaba a esto el espíritu de mesura y armonía que, a través de los diferentes estilos, podríamos reconocer como una constante de la arquitectura catalana.

Dentro de esta orientación pueden situarse las construcciones llamadas del «Trentenari», del Ayuntamiento de Barcelona, por estar destinada a alojar la «treintena» o cuarta parte del Consejo de Ciento, que actuaba por trimestres. De estas dependencias no queda, desgraciadamente, más que una puerta y un pórtico o logia. Este daba, en su tiempo, a un jardín o patio plantado de naranjos, según práctica constante en los edificios públicos medievales de Cataluña y Valencia. El esquema arquitectónico del pórtico—tres arcadas semicirculares, entre las cuales se elevan finas

columnas corintias hasta el entablamento superior—está dentro de los moldes del más puro clasicismo; sólo la esbeltez de los fustes y la ornamentación, sobria, pero menuda de escala, dejan traslucir la fecha (hacia 1580). En cuanto a la puerta, hoy trasladada a la entrada principal del Salón de Ciento, es muy interesante, por varios detalles. En primer lugar, es un ejemplo de arqueologismo; la cara que había de mirar al claustro o patio porticado es gótica, tan gótica como supieron hacerla en 1579; mientras que la que correspondía al interior de la sala, es de formas perfectamente «a lo romano», como entonces se decía, y casi podríamos asegurar que el artista que la dibujó se valió del *Trattato di Architettura*, de Serlio, entonces de reciente publicación (1.^a edición, Venecia, 1537).

En efecto, el sofito o cara inferior de la cornisa presenta unas ranuras paralelas, que sólo dicho autor, y ningún tratadista más, pone en su orden toscano. Por otra parte, el libro de Serlio penetró pronto en nuestro país. Yo poseo un ejemplar de la 2.^a edición (Venecia, Francesco Marcolini, 1544), que, según una nota marginal, pertenecía en el siglo XVII a Josep Vilatá, mestre de cases de la vila de Olesa de Montserrat. Ahora bien, no es fácil que un modesto albañil de pueblo se mandase traer libros de Italia, sino que antes debió de pertenecer a un arquitecto de la capital, quizá el mismo que trazó la puerta del Ayuntamiento.

* * *

En este ambiente y en esta época aparece Pere Blay. Según Rafols (1), «el gran Renacimiento en Cataluña, el puro Renacimiento arquitectónico, tan honorable como el del Cronaca y de los Sangallo en Toscana, aparece con Pere Blay, y es gracias al arzobispo Agustín, de Tarragona—tan

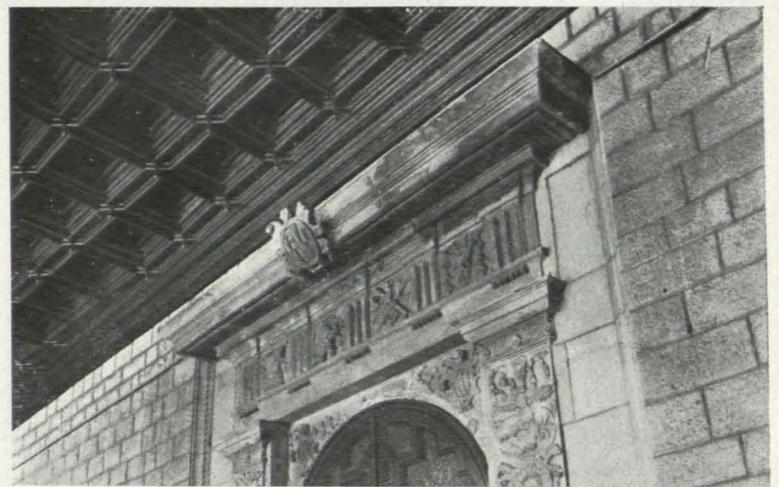
(1) *Pere Blay i l'arquitectura del Renaixement a Catalunya*, per Josep Francesc Ráfols. Barcelona, 1934.



Plaza del Rey, viéndose a la izquierda el Palacio del Lugarteniente, edificado hacia 1569, estilo híbrido de gótico y de renacimiento.



Pórtico del «Trentenari», en el Ayuntamiento de Barcelona. Composición absolutamente clásica, en que sólo la escala menuda del ornamento delata la época (Segunda mitad del siglo XVI).



Antigua puerta del «Trentenari» (1579). Las canales paralelas, bajo la corona de la cornisa, parecen indicar que el proyectista conocía el libro de arquitectura de Serlio.

comprendido en arte como eminente en cánones—cómo las normas de Italia se implantaron en la sede de S. Fructuoso». Pero Blay, en efecto, parece ser oriundo de las tierras de Tarragona y haber formado parte con Mossen Jaume Amigó, párroco de Tivissa, del círculo de artistas que rodearon al arzobispo humanista. Este Mossen Jaume Amigó debe de haber sido un hombre de cultura clásica, bien marcada, y ya en 1568, según Rafols, proyectó para la catedral de Tarragona el órgano; mucho después, en 1580, la capilla del Sacramento, en 1582, la del sepulcro del arcediano Lloréns, y se le atribuye también el proyecto de la iglesia parroquial de Ulldemolins, su pueblo natal, la cual se construyó bajo la dirección de Blay.

Aunque los documentos son poco explícitos y, a veces, contradictorios, se recibe la impresión de que Mossen Amigó era un humanista y teórico, que, como parte integral de este humanismo, tenía sólidos conocimientos de arquitectura clásica, y Blay parece haber sido primordialmente un constructor que colaboró con el sabio sacerdote y a su lado se fué educando hasta llegar a ser un notable arquitecto.

No se tienen hasta ahora datos sobre el nacimiento de Blay; pero consta que cuando Bernat Casares, que había empezado en 1583 la dicha capilla del Sacramento, murió, le sucede Pere Blay, residente en Vallmoll, pueblecito próximo a Tarragona. En el archivo parroquial de este pueblo no se encuentran datos referentes a él; pero sí a un Juan Blay, quizá hermano suyo. Dicha capilla se terminó en 1592, y su proyecto era, como hemos dicho, debido a Mossen Amigó, el cual intervino también seguramente en la dirección.

Durante estas obras Blay obtiene, en 1584, el nombramiento de maestro mayor de la catedral de Tarragona, y como tal proyectó, entre otras cosas, el sepulcro del arzobispo Terés, en el que parece percibirse un parentesco con el templete de los Evangelistas de El Escorial, de época análoga.

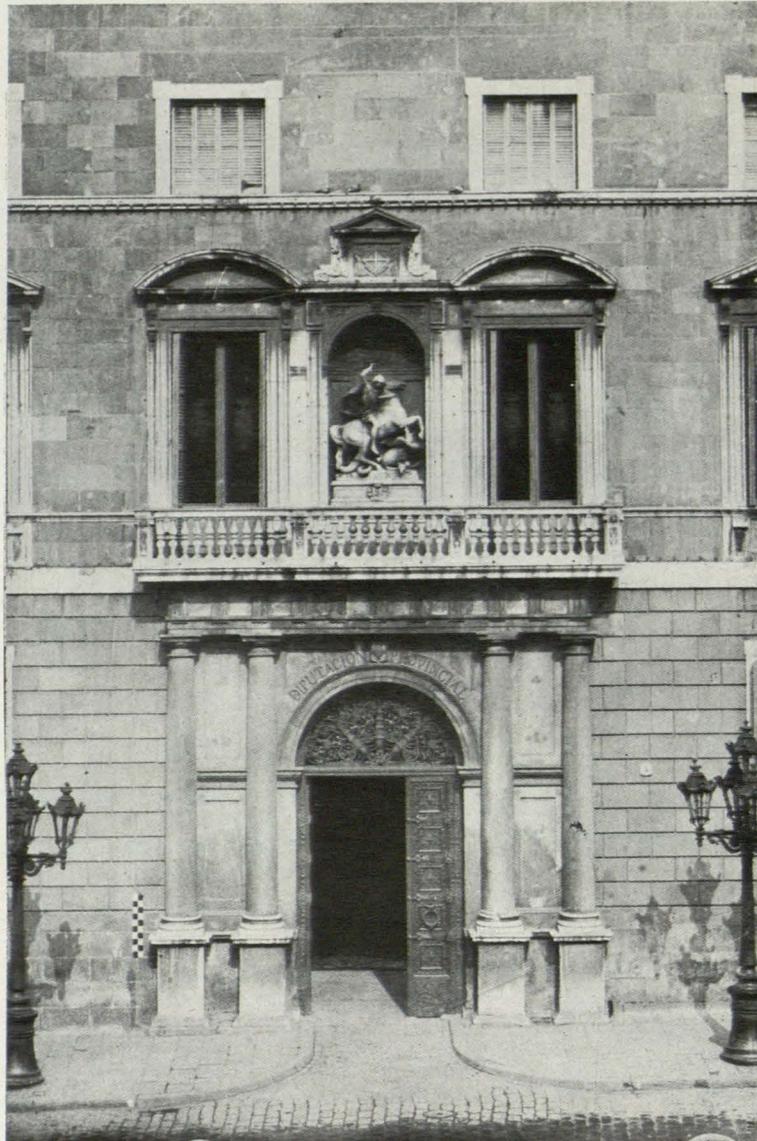
Por aquellos años proyecta Blay la iglesia parroquial de la Selva del Campo, inmediata a Tarragona, que Rafols estima su obra capital, comparándola, en sencillez y armonía, con San Francisco al Monte, de Florencia, que Miguel Angel llamaba «la bella villanella».

La antigua iglesia de La Selva era pequeña, y ya en 1568 el arzobispo Sebastián había ordenado que se levantase de nuevo y más espaciosa; pero, después de muchas vicisitudes, no fué hasta 1581 cuando el Consejo acordó sacar a subasta la obra, encargándola a Pere Blay. También aquí aparece nuevamente Mossen Jaume Amigó. En efecto, a primeros de mayo de 1582 se reúnen en La Selva con Blay el prior de la Cartuja de Scala-Dei, el arcediano Gili y el repetido rector de Tivissa, y en el documento que tres días después dirigen al Consejo, dicen al principio «Mestre Pere Blay ha fet la trassa de la iglesia nova fahedora», pero más abajo, hablando de la capitulación o contrato entre la villa y el maestro Blay, redactada por el prior de la Cartuja, el arcediano Gili, y'l Sr. Rectó de Tivissa, lo cual ha fet la trassa de dita iglesia». Estas contradicciones parecen indicar que el Rector era el inspirador intelectual y Blay el hombre de oficio, dualidad que, no hemos de olvidar, era muy frecuente en el Renacimiento, por el carácter impregnado de cultura histórica que toman las artes; pero cuando, en 1586, muere Mossen Amigó, Blay, ya formado, le sobrevive treinta y cuatro años, y ejecuta numerosas e importantes obras.

La más importante y conocida de éstas es la parte nueva del Palacio que en Barcelona ocupaba la llamada «Diputació del General», que era como una representación permanente de Las Cortes, formada por un miembro de cada uno de los tres brazos: militar, eclesiástico y real o de las ciudades. Esta institución velaba por que se cumpliesen exactamente los acuerdos tomados en las sesiones de aquéllas, y llegó a tener en Cataluña una gran fuerza, que aun conservaba a finales del siglo XVI, si bien ya eran frecuentes las ocasiones de conflictos con la autoridad



Pere Blay. Sepulcro del Arzobispo J. Terés, en la capilla de San Fructuoso de la catedral de Tarragona.



Parte central de la fachada de la Diputación. El detalle arquitectónico, en mármoles de colores, es muy fino. La estatua ecuestre de San Jorge, del escultor Aleu, es de mediados del siglo XIX.

real, cada vez más absoluta. El edificio que ocupaba la Diputación (y que ocupa hoy la Diputación Provincial, corporación completamente distinta de aquella, a pesar de la analogía del nombre), se había construido durante el siglo xv, y constituye (pues, por fortuna, se conserva casi intacto) uno de los más espléndidos ejemplares del gótico civil catalán. La Diputación de 1596 acordó agregar al complejo edificio un nuevo cuerpo, que es el que actualmente forma fachada a la plaza de San Jaime, frente al Ayuntamiento.

Se encargó el proyecto a Pere Blay, entonces ya hombre de gran prestigio, y empezaron las obras, que pronto tuvieron que suspenderse por orden real. Como han explicado Puig y Cadafalch y Miret y Sans, en su monografía *El Palau de la Diputació General de Catalunya*, voces malévolas llegaron al rey sugiriéndole que la Diputación construía en realidad una fortaleza con intenciones subversivas. Felipe II, siempre receloso, mandó parar las obras; una comisión fué a Madrid con los planos, y, como era de esperar de un rey tan apasionado por la arquitectura,

se convenció de que habían sorprendido su buena fe, y autorizó la continuación de las obras. Realmente, el constructor de El Escorial no podía asustarse de unos muros más o menos gruesos.

La obra de la Diputación debió de terminarse hacia 1617, pues según Rafols, a quien seguimos en estas notas, esta fecha aparece en el zócalo de la cúpula de remate. Llenó así los últimos años de la vida de Blay, que murió el 3 de julio de 1620. Como puede verse en las fotografías que se acompañan, es una obra de inspiración italiana, presentando incluso la alternancia de frontones triangulares y curvos, cara a Antonio de Sangallo y a Rafael. En un país que, como Cataluña, tuvo poco plateresco, se enlaza bien con las obras del gótico civil que veíamos al hablar de Arnáu Bargués. Por otra parte, salvo una mayor jugosidad y delicadeza en algunos detalles, podría también pasar por un ejemplar del neoclásico de finales del xviii, que comentaremos al hablar de otro gran arquitecto: Juan Soler y Faneca.

